



EL
PENSIL
DEL
BELLO SEXO



1873

RECEIVED





EL PENSIL DEL BELLO SEXO,

Periodico semanal de literatura, ciencias, educación
artes y modas, dedicado exclusivamente a las damas.

Para las condiciones de suscripción, véase la última página.

ADVERTENCIA.

Con uno de nuestros números próximos tendremos ocasión de manifestar nuevamente nuestra gratitud al BELLO SEXO y á los demás señores suscritores por la favorable acogida que dispensan al PENSIL, dado que pensamos hacerles otro pequeño regalo, como muestra, aunque pobre, inequívoca de nuestro reconocimiento.

EL LAGO DE KILARNEY.

En uno de los confines de Irlanda se vé el lago de Kilarney. El sitio que ocupa en el día era hace siglos un inmenso valle. ¿Cómo ha podido reemplazar el lago los risueños prados y las frondosas arboledas? He aquí el prodigio.

En medio de ese valle saltaba un hilo de agua que serpenteando en un pequeño espacio de terreno por entre las arenas de oro, iba á caer á una pila de mármol blanco. El agua caía de continuo, y jamás llenaba la pila. ¿Por dónde se salía? Nadie podía decirlo, y todos tenían esto por un

encanto. Esta fuente era visitada por todos los viajeros. Las jóvenes de las aldeas vecinas acudían también á beber sus aguas claras como el cristal de las grutas donde se solazaban las sílfides; pero al retirarse, jamás se olvidaban de cubrir la fuente con una larga piedra destinada á este uso: tanto respeto les inspiraba el temor de que se verificase una antigua predicción. Jamás el sol en su crepúsculo matinal debía reflejar sus rayos en las aguas de la fuente, porque entonces sucedería una catástrofe espantosa en el valle. Tal era la amenaza de una Hada. Esta Hada caprichosa, fantástica y colérica, se bañó un día en la fuente, y habiéndola tocado con una varita, la había dejado sujeta al maléfico influjo de sus encantos.

Entre las muchas jóvenes que acudían á la fuente de la Hada, se distinguía la hermosa y blanca *Norah*, cuyos cabellos blondos, adornados con una guirnalda de flores, flotaban en perdidos bucles por sus espaldas. Esta joven, después de haber bebido el agua pura de aquel manantial, sin olvidarse jamás de colocar la piedra que la cubría, se volvía cantando, bailando y riendo á casa de sus padres.

Pero tanta alegría é inocencia no duró mucho tiempo: el amor la esclavizó. *Owall*, el jóven guerrero *Owall* cautivó su alma. Los padres de *Norah*, que no aprobaban este amor, se lo reprendieron á su hija, prohibiéndola hablar con su amante. *Norah* anegada en llanto les prometió obediencia.

Para evitar el encuentro de *Owall*, se fue *Norah* aquella tarde á la fuente del valle, y sentándose en la piedra despues de haberla quitado, se entregó al mas copioso llanto. Las estrellas principiaban á brillar en los cielos sin que *Norah* lo hubiera advertido, sumergida en sus tristes pensamientos, cuando se apareció *Owall* á su vista. ¡Ah! no vengais aquí, gritó la jóven; yo no debo veros. Y diciendo esto, se dirigió precipitadamente hácia su morada.—No os alijais, amable *Norah*, respondió su amante siguiéndola, vuestra falta es involuntaria, vuestros padres ignoran nuestro encuentro. ¿Y qué sabemos si al cabo se ablandarán y consentirán en nuestra unión? ¿Es tan sensible el corazon de un padre! ¿Pero ah! ya vamos á separarnos, ya estamos en vuestra casa. Una sonrisa vuestra por despedida, amada mía: no me negueis esta felicidad.

Norah, abriendo la puerta de su morada, volvió la cabeza hácia *Owall*, le concedió la sonrisa tan deseada, y se retiró á su estancia, donde en breve la sorprendió un dulce sueño. Despues de haber pasado toda la noche sumergida en risueñas ilusiones, un grito de terror se escapó de sus labios y se lanzó del lecho. La fuente! la fuente! Me olvidé de cubrirla con la piedra! Pero aun no colora el alba los cielos; aun llegaré á tiempo. Y diciendo esto, se hallaba ya en el valle, y corría sin aliento gritando: la fuente! la fuente! En aquel instante vió doradas las cimas de las montañas. ¿Es el alba ó el sol? dijo en su interior: no, el sol no puede ser aun; llegaré á tiempo. Pero no bien hubo dado algunos pasos mas, quedó inmóvil con la una mano colocada en sus sienas en señal de desesperacion, y señalando con la otra la pila fatal. ¡Ah! el sol difundia ya su hermoso resplandor, y el cielo aparecía sin una nube. Sus rayos caían en la fuente que derramaba entonces un abundante caño de agua con cierto furor, y se esparcía por el valle á manera de un torrente, cual si toda el agua que habia caido por tantos siglos se precipitase entonces impaciente por romper su yugo.

Los aldeanos corrían espantados sin saber á donde huir. Ni las voces de las aldeanas, ni el mugido de las olas podían sacar á *Norah* de su triste inmovilidad. Su dedo señalaba la fuente, pero ella no comprendía el peligro que la amenazaba. Las olas bañaban ya sus pies. *Owall* llega en aquel instante y la toma en sus brazos. Salvad á mis padres, gritaba *Norah* con voz desesperada, salvadlos y dejad que yo perezca; pero *Owall* tan ágil, tan ligero con su dulce carga como un cazador ó un jóven gamo, ganó una de las montañas que cercaban el valle. ¡Vano refugio! Las olas le seguían mugiendo como impelidas por la venganza, y las olas se elevaban á medida que *Owall* subía. Llegado á la cumbre, se detiene sin aliento, deja á su amante, y lanza una mirada en torno suyo.

¡O espectáculo horrible! El valle habia desaparecido bajo las aguas; el pequeño monte en que se encontraban formaba una isla en medio de un lago inmenso como la mar, y este monte se iba disminuyendo á cada instante. ¡O mi único amor! ¡*Norah* mía! exclamó *Owall* besando la pálida frente de su amada. ¡Si pudiera salvarte cruzando los aires! No hay remedio para nosotros! *Norah* respondió. ¡Ah! mi único dolor es haber causado la muerte á mis padres!

Y abrazándose los dos amantes, esperaban su suerte inevitable. La isla se fue disminuyendo; poco á poco quedó reducida á un punto, y en breve no fue nada.

Al aspecto de estas dos víctimas, que flotaban en las aguas, se extinguió la cólera de la Hada; la inundacion se detuvo; pero el valle no ha vuelto á aparecer, ha quedado sumergido en el fondo del lago de *Kiltarney*.

Se asegura que cada aniversario de este funebre suceso aparece al salir el alba un pájaro negro, desconocido, único tal vez en su especie; y sacudiendo sus alas en el lugar donde fueron sumergidos el jóven *Owall* y la bella *Norah*, despide lastimeros y querellosos gritos, los cuales lanzados sobre el lago que sirve de tumba á los dos amantes, han llegado á ser como una especie de epitafio anual y viviente.



HISTORIA DE LA MUJER.

LA VESTAL.

Cuanto mas reflexiono en vosotras, tanto mas, hermosas lectoras, me voy convenciendo de la justicia con que he dicho que sois lo mejorcito de la especie humana. Los antiguos que tan mal os trataban, puesto que condenaron la mujer á servir cual juguete al capricho y á la arbitrariedad del sexo feo, formaban de vosotras sin embargo el mismo concepto que yo. Todo lo que para ellos era grato, consolador, social, de buena índole, acostumbraban á significarlo con voces de terminacion *femenina*; y con palabras de género *masculino* lo destructor, lo rudo, lo salvaje, lo que en cualquier concepto fuese áspero, ó menos agradable que el resto. La tierra cubierta de rocas, *inculta*, solitaria, paramosa, tenia á sus ojos el carácter de la virilidad y llamábanla *tierra* y no *tierra*; mientras la vegetal ó mas apropósito para ser cultivada, era la *tierra* propiamente dicha, la verdadera tierra *femenil*, amiga de las flores y las plantas, fuente de salud y de vida, de civilizacion y ventura. El aire como viento era *aire*; como elemento de respiracion, lo que nosotros nominamos *aura*, incapaz de otra cosa que de hacer el bien, á diferencia de su compañero que á veces degenera en huracan, y lo destruye y lo devasta todo. El agua de la mar fiera, espumosa, que elevada en montañas inmensas amenaza sor-ver el mundo entero, y estremece y asusta con sus rugidos, consideráhanla tambien como agua *hombre*, si me permitis la expresion; y como agua *hembra* y nada mas la dulce de las fuentes y los rios que dan vida y frescura á la tierra, alma y ser á la vegetacion, refrigerio á la sed del caminante. Y para no salir de los elementos, ó de lo que los tales antiguos calificaban con ese nombre, el fuego mismo era para ellos unas veces *viril* y otras *femineo*, siendo el primero el que se inflama y quema, y el segundo el que alumbra sin quemar, sin hacer el daño mas mínimo.

Esta distincion singular entre lo varonil y lo femenino, aplicada á los seres que son neutros y no pueden ser otra cosa; no nos hace, lectoras del PENSIL, sino disfavor á los hombres; pero tal es la fuerza del instinto que ha presidido á la formacion de las lenguas, que aun en las modernas se vé esa tendencia á darnos lo peor, haciendo mas-

culinas las voces que menos significan lo bueno. Esto, como es natural, con bastantes excepciones ahora, porque ahora tambien somos mejores que lo eramos en tiempos antiguos. Pero volvamos otra vez al fuego.

Este elemento era entre los Caldeos, y lo fue tambien entre los Persas, considerado como el alma del mundo, como el principio vivificador de todos los seres creados; pero entendiendo siempre el fuego *hembra*, no el otro de que hable poco há. Teniéndole en tal concepto, no es mucho que paganos como eran, le adorasen los pueblos susodichos como á la deidad superior sobre todas las otras deidades. Ese culto rendido al fuego pasó mas adelante á los griegos, y heredáronlo tambien los romanos, personificándolo en *Vesta*, Diosa como veis, y no Dios, y destinando á mantenerlo puro sacerdotisas en vez de sacerdotes, las cuales de la Dea que adoraban recibieron el nombre de *Vestales*. El fuego destructor, de mala índole, lo presidia un Dios, no una Diosa, y ese Dios era el feo Vulcano, que además de horrible era cojo, como perteneciente á nuestro sexo. Con esto notareis, lectoras mías, la justicia que os hizo en esta parte la mitología pagana. Era que conocia lo que he dicho, y lo que ahora repito otra vez: que con ser tan bonitas como sois, sois aun mas buenas que bellas, y que os debeis envanecer en serlo. *Vesta*, Diosa del bien, mantenedora y vivificadora de todos los seres, era superior en valia á la de la hermosura y del placer, *Venus*, hija de la espuma del mar, y tan fugaz é instable como ella. *Vesta* era la Diosa primera entre todas las Diosas del gentil, y esa preferencia era justa, una vez supuesta la idea fundamental en que se apoyaba su culto. En las aberraciones de la fábula hay siempre un fondo de filosofía: *Vesta* y las *Vestales* merecen que el PENSIL las dedique un artículo.

Transmitido, como antes decia, el culto de ese fuego bienhechor, de Caldea y de Persia á la Grecia, fueron las mujeres tan solo las encargadas de mantenerle en calidad de sus Sacerdotisas, á diferencia de los otros dos paises en los cuales estaban consagrados á hacerlo los que la historia denomina *magos*. Éfeso, Corinto, Mileto, Ténedos, Argos y otras muchas ciudades de Grecia, tenian una multitud de templos dedicados á la Diosa en cuestion, pero sin que en ellos hubiera ninguna estatua que la re-

presentase, circunstancia que hacia su culto mas espiritual, menos mundano, que el que se tributaba á otras deidades. Un altar en medio del templo, y una lámpara en medio del altar: tal era el aparato sencillo de aquella religion excepcional entre las demás religiones. Las vestales de Grecia, viudas todas, tenían á su cargo mantener perenne la luz, bajo severas y terribles penas si se les llegaba á apagar, no pudiendo en tal caso volverse á encender sino con el fuego celeste.

(La conclusion en el número próximo.)

MIGUEL AGOSTIN PRINCIPLE.

EL RAMO DE ROSAS.

El juramento.

II.

Al siguiente dia, oida que fue la misa en la capilla del castillo, se reunieron los jóvenes desposados y sus numerosos huéspedes, al rededor de una gran mesa en que se acababa de servir un sustancioso desayuno. Los deliciosos pescados de los lagos, con su armadura de púrpura y plata, alternaban allí con las aves de las florestas, el corzo de las nevadas sierras y las sustanciosas legumbres de que tanto abunda la Suiza. La negruzca cerveza de Alemania y los vinos de Borgoña circulaban en manos de los convidados en anchas copas de madera de arce guarnecidas de plata: los criados, queriendo que todo respirase la alegría de que se hallaba poseida aquella reunion, habian colocado lindos ramilletes de genciana y mirto en grandes vasos rústicos puestos con simetria y gracia en torno de la mesa. Hedwige sentada al lado de su madre, sonreía dulcemente á los homenajes que se la tributaban: á veces alzaba sus púdicas pupilas y fijaba una tierna mirada en su esposo, el cual la contemplaba embebido, lleno de la idea de que aquella encantadora niña era ya suya, que ningun poder sobre la tierra podría desunirlos, y que para saborear los placeres de su union se extendía delante de sí una série innumerable de dias.... Preocupado por tales ideas apenas prestaba atencion ninguna á las conversaciones que llevaban los convidados acerca de la sublevacion de tres cantones que habia tenido lugar, del valor heroico de aquellos pueblos compuestos de pastores, que habian lanzado á los intendentes del poderoso Alberto de Hapsburgo, y de la venganza que del gobernador Gessler habia tomado un hombre de costumbres pacíficas y sencillas y un cazador llamado Tell.

Los caballeros hablaban con calor y discutian sobre los derechos que la casa de Austria tenía á la soberanía de los valles de Schwitz, Uri y Vuterwald, cuando abriéndose bruscamente la puerta del largo aposento en que tenia lugar esta escena, se presentó un hombre de color cobrizo, y cuyo traje cubierto de polvo indicaba que acababa de hacer un largo viaje. El extraño desconocido despues de haber recorrido con la vista todos los convidados; se adelantó hácia Rodolfo y le entregó un ramo de rosas marchito.

Al verlo, palideció Rodolfo como si pasase por su mente un horrible recuerdo y miró al mensajero con cierto aire de angustia y de dolor. Entonces este le habló unas palabras por lo bajo y saludándole, salió de la sala precipitadamente. Rodolfo permaneció inmóvil y sombrío; las rosas habian caído sobre la mesa y la alegría de los convidados parecia haberse marchitado como aquellas flores.

Hedwige levantó la vista hácia su esposo; al mismo tiempo Rodolfo exclamó como haciendo un esfuerzo sobre sí mismo y con cierto aire de resignacion.

--Es preciso que parta... que vaya...

--Partir vos? le dijo su suegro.

--Dejar á mi hijal Pero será para poco tiempo, no es verdad? exclamó la madre de Hedwige.

--Rodolfo, partisl Y la joven esposa se puso mas pálida que el velo que adornaba su tocado.

--Es preciso que parta... harto lo siento, pero... tal vez mi ausencia sea corta, querida Hedwige, tranquilizaos... Mi alma estará siempre con vos... Pero he prometido...

--Es acaso un servicio que reclama de vos algun amigo de armas?

--Sí, padre mio, sí... es un servicio... está mi palabra empeñada.

--Oh! entonces la menor tardanza seria una felonía.

--Pero, dijo el hermano de Hedwige sonriendo con malicia, ese ramo de rosas no parece mas bien que otra cosa una prenda de una hermosa dama que llama á su caballero? Hermana mia, desconfiad.

--La hermosa joven sonrió en medio de sus lágrimas y miró á su marido.

--Querida, Hedwige, replicó éste imprimiendo un beso en su frente, confiais en mí?

--Oh! sí, y no obstante siento que mi corazon se comprime.

--Esposa mia, volveré muy pronto... hay un juramento que me liga, pero yo sabré desempeñarme de él... Aun podremos ser felices.

—Ya que es preciso, respondió ella, adios, querido Rodolfo.

—Nada de adios, exclamó con fuerza, decid tan solo hasta la vista. Oh! si, hasta la vista, amigos míos, en tanto rogad por mí; Hedwige, rogad también por vuestro caballero.

Y esto diciendo salió de la sala. A poco se oyeron los pasos de un caballo que resonaban sobre el puente levadizo. Hedwige se lanzó á la ventana y agitó desde ella un pañuelo; al retirarse se acercó á su madre y le dijo con espanto: ¡Oh cuán pálido está Rodolfo! Me ha parecido triste como la muerte! Madre mía será esto un presagio? oh! si no le volveré á ver mas!

El peregrino.

III.

Pasaron los dias y las semanas sin que la jóven señora de Wart, que habia quedado sola en su castillo, recibiera nuevas de su esposo. Abrumaba su corazon el peso de una profunda tristeza: las misteriosas circunstancias de su partida, la sombría soledad de aquellos lugares en que habia creído poder gozar de la compañía de su bien amado; la inquietud que debia inspirar en aquellos tiempos de turbulencias, una ausencia tan prolongada, todo se reunia para atormentar el alma de la pobre Hedwige. Reclinada en el antepecho de su ventana que daba sobre el valle, pasaba los dias espiando el camino casi siempre solitario, aquel camino que solo se animaba alguna vez con los pasos del pastor que conducia su ganado, ó del cazador que pasaba persiguiendo el venado corredor. Su rueda permanecía inerte á sus pies, y un precioso manuscrito que contenia las poesias de Jacobo Wart, se veia abierto ante sus ojos en la página en que el menestral celebra los encantos de la primavera, sin que la esposa del caballero se cuidase de proseguir la lectura comenzada. Tan solo llegaba á sus oídos el ruido monótono del Reuss, menos agitado que sus pensamientos; y cuando volvía sus ojos desvanecidos por la luz del día hácia la sombría y larga sala, en que se arrastraba penosamente su vida, sentía una indecible agonía, pesar y sofocar su alma. Poníase entonces á orar, bajaba hácia la cabaña del valle; pero ni la plegaria, ni la caridad podían distraerla de sus inquietos tormentos. Al fin de la próxima semana, y cuando acababa de renir en su rededor á la servidumbre, abrió un criado la puerta y dijo respetuosamente:

—Señora, un peregrino que viene de Alemania demanda hospitalidad.

—Hacedle entrar, respondió la señora del castillo y que se le sirva la cena.

A poco entró un anciano, cuya capucha caída hácia atras dejaba ver sus ennegrecidas facciones. En aquel semblante, sobre el cual caían algunos mechones de cabellos blancos que formaban una corona en torno de su cabeza, parecían grabadas en pliegues profundos la experiencia y la desgracia. Su frente era ancha y austera como la de un anacoreta de los antiguos tiempos, y su pardo ropaje caía en pliegues hasta sus pies calzados de empolvadas sandalias. El saco en que llevaba el negro pan del camino iba colgado de sus espaldas, y llevaba en la mano un baston con una punta de hierro que le servia para atravesar las rocas y los pantanos helados. Hedwige recibió bondadosamente al viajero; le hizo tomar asiento á su lado, y le sirvió por su propia mano aquello que creyó mas propio para restaurar sus abatidas fuerzas, y cuando hubo concluido su comida, le interrogó acerca del fin de su peregrinacion.

—Noble señora, respondió el desconocido, vengo de Prusia donde los caballeros cristianos continúan su guerra contra los gentiles; he visitado las orillas del Rhin, y he orado en Colonia en la basílica levantada en memoria de los santos reyes como yo viajeros también sobre la tierra. Desde mi entrada en Suiza me he separado de mi camino para ir á la abadía de Einsidlen á venerar Nuestra Señora de la Ermita, tan conocida por sus milagros y su inefable bondad; ahora pienso ir á saludar los lugares en que Mauricio y su legion cristiana recibieron á la vez la muerte y la corona celeste, y despues atravesando los Alpes, me dirigiré hácia Roma, á fin de prosternarme allí sobre la tumba de los santos Apóstoles.... Hagan ellos que su siervo logre con el perdon de sus faltas, el fin de su peregrinacion y de su vida, harto larga ya.

—Buen anciano, los dias que habeis pasado sobre la tierra parecen abrumaros, y no obstante, ¿qué dolor puede turbar vuestra santa vida, consagrada á la plegaria y á la admiracion de las obras de Dios?

—¿Cuál es el que no tiene algun pesar que le aflija: los mas jóvenes, los mas felices se inclinan sobre la tierra heridos por un mal secreto....

—¡Ah! ¡decis bien!.... Pero demos treguas á tan tristes ideas. Decidme, qué nuevas traeis del mundo? Nosotros vivimos aquí mas ignorantes de lo que pasa en la tierra que lo estaba san Pablo el hermitaño en la Tebaida. Todo rumor, todo ruido, hermano,

espira al llegar aquí al pie de esas montañas inaccesibles.

—Benedicid la ignorancia en que vivís, noble señora: el mundo está manchado de crímenes, el vicio se extiende por todas partes como un contagio funesto, y todas las nuevas llevan el sello de la maldad de los hombres.

—No obstante, decidme ¿qué habeis oído en vuestro camino?

—Una noticia que hará derramar muchas lágrimas y mucha sangre.... Sabed, Señora, que el emperador Alberto, soberano sin duda de este noble castillo, ha muerto hace pocos días.

—¿Cómo! ¿el hijo del glorioso Rodolfo de Hapsburgo?

—Sí, ha muerto pero traídoramente asesinado.

—¡Oh cielo! el Señor tenga piedad de su alma y de la del asesino.

—La terrible relacion de su muerte, me ha sido hecha por uno de los mismos criados que le vieron caer sin poder defenderle. Diríglase un día á Rheinfeld, donde se hallaba la emperatriz acompañada de una corte numerosa: al pasar el Reus, río impetuoso, que haña también los pies de este castillo, parte de su comitiva se quedó á un lado y solo algunos caballeros se metieron con él en el barco que debía conducir al otro á la regia persona. El emperador saltó á tierra y atravesó un campo labrado, próximo á unas antiguas ruinas, restos de una ciudad romana y situada frente al castillo de Hapsburgo, cuna de la noble y valiente raza á que este monarca pertenecía. Créase él en completa seguridad, rodeado como estaba de sus mas queridos y sus mas fieles vasallos, cuando se lanzó sobre él Juan de Suabia, y le hirió en la garganta. Apenas le vieron caer, redoblaron los golpes los asesinos, y espiró á poco, bañando con su sangre su propia herencia, y herido por los mismos que la víspera habian bebido en su misma copa, y se habian sentado en su misma mesa.... Tal fué este detestable parricidio; tal fué el fin de Alberto de Hapsburgo, el elegido del santo imperio, el señor absoluto de tantas provincias.... El poder saldrá de su casa, y su reino, como ha dicho el profeta, quedará á merced de los cuatro vientos del cielo.

—¿Pero se saben los motivos de tan criminal accien?

—Alberto era ambicioso y retenia la herencia de su sobrino, que joven y ardiente se veía devorado por la sed de reinar. Un día, Juan de Suabia se llegó á su tío y le rogó que le confiase ya el mando de sus domi-

nios: el emperador acogió sus propuestas en tono de chnuga, y cogiendo una corona de rosas que estaba sobre una mesa la puso sobre la frente del joven diciéndole: «Para tí, los adornos de la infancia, para nos, los graves negocios del estado.» Estas palabras ulceraron el alma del príncipe. Retiróse con las lágrimas en los ojos, pero con la rabia en el corazón: sus amigos compartieron su enojo, se unieron por medio de un terrible juramento y decretaron la muerte de Alberto. Se dice también que el mismo príncipe se convino con los conjurados, sus cómplices, en enviar á cada uno de ellos un ramo de aquella corona irrisoria, cuando se decidiese el día y lugar del crimen.

Estas palabras penetraron en el alma de Hedwige como un puñal.

—¡Un ramo de rosas! Balbuceó.

—Sí, señora, así es como las inocentes creaciones de Dios han servido de señal para el asesinato... pero está escrito: *el que á hierro mata á hierro morirá*, y esos desgraciados conocerán bien pronto la verdad de esta eterna palabra. Ana de Hungría se adelanta ansiosa de inmolar á la sangre de su padre hasta la última generacion de sus enemigos. Ninguno de ellos ha podido huir, y los suplicios han comenzado ya en Rheinfeld...

Bien.... dijo Hedwige con una voz conmovida; bien, bien, anciano. Id, que ya es hora de descansar, y os aguarda un criado para conducirlos á vuestro aposento. Antes de entregaros al sueño, rogad por los corazones que padecen.

El peregrino hizo un respetuoso saludo, y salió. Hedwige se quedó entonces sola, frente á frente con un pensamiento horrible.... habia brotado una ráfaga en su mente; habia coordinado mil circunstancias diversas; habia recordado la amistad que su marido profesaba al duque de Suabia, la compasion que le inspiraba la suerte de este príncipe, retenido en una servil minoría; habia visto la turbacion, el espanto pintado en la frente de Rodolfo al recibir el malhadado ramo, y todo esto le hacia pensar una cosa horrible. ¡Oh! Rodolfo, Rodolfo, exclamaba ella, tu ser un asesino! Dios mío escuchadme, concededme la vida de mi esposa, y consagraré todos los días que me restan á la penitencia y la oracion. Lo juro por la salvacion de mi alma: jamás mis labios probarán el vino, ni la seda adornará mi cuerpo; distribuiré á los pobres mis bienes y mis joyas; consumiré mis días en la oracion, y mis noches en una vigilia eterna; mi voz subirá hasta vos por el reposo del alma de Alberto y el perdón de su asesino;

pero dadme mi esposo, dejadme que le vea vivir y respirar en la misma atmósfera en que yo vivo.

Al pronunciar estas palabras, la inocente esposa cayó de rodillas y oró algunos instantes en voz baja: conforme iba orando sentía mover en su pecho una fuerza igual al dolor que la devoraba.

—Ahora es preciso obrar, dijo levantándose. Y luego, llamando á su criado viejo y que había servido desde su infancia á Adolfo Wart, le dijo: «¿Sabeis el camino que lleva á Rheinfeld?

—Lo he andado tantas veces, señora, que á pesar de mis años me atrevería á ir ahora hasta esa ciudad con los ojos vendados.

—Pues bien, vais á conducirme á ella; quiero partir sobre la marcha.

El viejo Ulrich la miró con una profunda sorpresa, pero el acento de su señora era tan firme y absoluto, que no osó resistir. La dueña entonces se retiró á su aposento, donde cambió su traje de seda que ornaba un doble escudo donde se enlazaban las armas de Wart con los de Haguenam, por otro oscuro y sin velo y su sombrero de viaje. Despues dirigiendo un triste adios á aquel aposento en que había creído poder pasar felizmente los días de su vida, se encomendó al cielo y bajó al patio del castillo en que esperaban ya los caballos. Bhertha, la mas joven y mas querida de sus doncellas, se llegó á besarle la mano y dejó caer una lágrima sobre los dedos de Hedvige que secaba la fiebre. La señora del castillo suspiró, y desprendiendo de su cuello una cadena de Venecia, la entregó á la pobre muchacha diciéndola: «toma por si no vuelvo á verte mas!»

En esto dió la señal de partida: al atravesar el puente levadizo, sonaron las doce y pasó encima de ellos un mochuello dando un chillido siniestro. «Ampárenos el cielo, dijo Ulrich persignándose.»

—Tranquilizaos, amigo, la respondió Hedvige con indecible sonrisa, ese presagio no habla con vos.

Dicho esto, apresuró el paso de su cabalgadura, y muy pronto el silencioso valle, las pobres cabañas y las almenas de los viejos castillos, fueron desapareciendo á sus ojos en medio de la niebla de la noche. Así anduvieron hasta el amanecer, siguiendo siempre la escabrosa orilla del Reus. Al despuntar el día, pararon un momento en una venta y cambiaron sus caballos por unas mulas, cuyo pie prudente y cuyo paso firme y asentado ofrecía mas seguridad en medio de aquellos precipicios y aquellas rocas que la hu-

medad congelada del rocío había vuelto resvaladizas. A pesar de los peligros de que se hallaba cercada, no había nada que pudiera distraer la mente de Hedvige de la terrible idea que pesaba sobre ella. Así pasaron dos y tres y mas días y así aquella pobre señora atravesó por aquellos cortados montes, á cuyo pie se extendían profundos lagos: aquellos tenebrosos pinares, y aquellos valles hospitalarios donde solo habitaban algunos pobres pastores. Por fin, desde la cima de una montaña vió delante de sí los vapores ondulados que se desprendían del Rhin, y bañados por este río, distinguió á lo lejos las murallas almenadas y cubiertas de musgo, de una gran ciudad.

—Ahí teneis á Rheinfeld, noble señora, dijo Ulrich.

—¡Oh Dios mio! exclamó Hedvige, allí vá á decidirse de mi vida ó mi muerte!

—Señora, respondió Ulrich con una respetuosa compasion, tened ánimo! mi amo es miembro del Santo-Imperio, y no puede ser juzgado mas que por sus pares.

—Pues quel... sabeis vos tambien...

—Durante vuestro camino he oido muchas cosas.. El caballero de Wart está prisionero...

—Pero Ana, Ana, su mujer, tendrá valor para resistir á los gemidos de una esposa que se prosterna ante ella?

—¡Oh! dijo Ulrich sacudiendo la cabeza.

R. DE SATORRES.

MODAS DE PARIS.

El invierno es la estación favorita de la moda. Época de bailes, de *soirées*, de conciertos, de espectáculos, en ella es donde egerce un verdadero imperio y donde se ostenta diversificada bajo mil distintas formas. Dejemos, pues, el verano para los poetas críticos que pasan el día inclinados sobre una flor y la noche contemplando una estrella; nosotros, como gente de sociedad y de mundo, debemos preferir las escarbas de enero, que nos brindan brillantes y animados medios de hacer la vida un poco mas leve, á los rigores de julio, época en que tenemos que hacer como que vamos á tomar los baños á cualquier mal pueblacho, falto de recursos y medios, para no morirnos de hastío en la sofocante empolvada y desierta villa de Madrid. Entonces no hallareis un salon abierto, ni una amiga con quien podais pasar un rato de buena compañía, ni un teatro á donde podais ir á lu-

cir vuestros atractivos á par que la que os presta la siempre coquetuela y caprichosa moda. Entonces teneis que moriros de fastidio ó ir á viajar por esos malditos caminos en que no hallareis mas que malas posadas, y á pesar de esto, y para colmo de vuestro tormento, cuando volvais tendreis que decir que os habeis divertido. Pero ahora recuerdo que hemos nombrado el teatro y que en los dos números en que hemos hablado de modas no nos hemos acordado de bosquejar á nuestras bellas lectoras, ningun traje de espectáculo. Suplamos pues hoy esta falta y ofrezcámoslas uno que hemos visto noches pasadas y que creemos ha de ser del gusto de las inteligentes.

El traje á que nos referimos se compone de una falda de color de rosa, sobre la cual se extendia otra de tarletana que llegaba un poco mas abajo de la rodilla, y que estaba festoneada todo al rededor, formando picos bastante pronunciados: el cuerpo era tambien de raso del mismo color, muy escolado, y con otro de tarletana sobrepuesto y abierto por delante en forma de corazon; la espalda de este último formaba pliegues que partian de ambos lados y venian á reunirse en la cintura, que cenía una ancha cinta de raso del color del vestido. El complemento de este traje era una corona formada de mirtos de color de rosa y blanca que se extendia al rededor del peinado.

Otro traje que pudiera servir indistintamente para espectáculo ó sociedad es el que vamos á describir. Sin embargo, aconsejamos á nuestras lectoras que á tener que emplearlo lo hagan mejor para el segundo que para el primer caso.

Falda de muaré verde, ornado en la parte delantera de ocho filas de franjas, sobre cada una de las cuales debe extenderse un galon de oro: estas franjas se hallarán dispuestas en forma de pirámide, de modo que partiendo de abajo y extendiéndoselo que es un ancho del vestido, suba en disminucion hasta la cintura; el cuerpo escotado, de punta y adornado tambien de cuatro filas de franjas dispuestas á través: mangas cortas abiertas en toda su altura y bordada de pasamanería verde y oro.

Los trajes de calle han sufrido hasta ahora muy poca variacion. Unicamente los gorros han ofrecido una modificacion importante aunque ligera. En vez de la forma *Pamela* que hasta el dia se ha usado con

mucha boga, ha venido otra con el nombre de *Clarisa Harlove*. Esta se diferencia de la primera únicamente en que las alas del gorro son mas cortas y sobre todo se ajustan mas á las mejillas, pero esta variacion que han traído los frios del invierno, sobre hacer mucha gracia al semblante, puede evitar algunos catarros; y sabido es lo mucho que importa guardarse de estos en un pais donde tan fácilmente degeneran en pulmonías. Nosotros no cesaremos de advertir á nuestras lectoras cuanto pueda servir para guardar su quebradiza salud, porque como hombres y como caballeros nos hemos hecho un deber de cuanto pueda ser útil al bello y débil sexo á quien adoramos.

Acabaremos este artículo dando á nuestras lectoras una fatal noticia. La polka, la coquetuela polka, ha acabado ya su mision sobre la tierra. Por las últimas noticias que recibimos de los altos círculos de París sabemos que este baile comienza ya á mirarse en aquellas esferas de la moda, como una antigualla. Sobre las ruinas de este baile que tantos buenos ratos nos ha dado, se levanta de nuevo la mazurka; la mazurka que como el fénix de la fábula, renace ahora llena de una nueva vida y juventud. La mazurka del dia vuelve á ser animada, y violenta pero tambien vuelve á aparecer con toda su gracia y voluptuosidad primitiva.

EL PENSIL DEL BELLO SEXO sale á luz todos los domingos.

Habiéndose ocasionado dudas entre los suscritores sobre la palabra *separadamente* que figura en las condiciones de suscripcion al **PENSIL DEL BELLO SEXO**, se previene que las expresadas condiciones deben entenderse del modo siguiente:

La suscripcion al **PENSIL** es de tres clases:

Primera. La ordinaria, con opcion al periódico y á un figurin de señora cada mes: sus precios son:

MADRID.	PROVINCIAS.	ULTRAMAR.
Un mes. 5 rs.	Un mes. 7 rs.	Un mes. 10 rs.
Tres. . 13	Tres. . 20	Tres. . 28
Seis. . 24	Seis. . 36	Seis. . 54
Un año. 44	Un año. 70	Un año. 100

Segunda. La extraordinaria de señoras, con opcion al periódico y cuatro figurines mensuales: su precio, por trimestres adelantados, es 34 reales en Madrid y 44 en las provincias.

Tercera. La extraordinaria de caballeros, recibiendo el periódico con dos figurines de caballero y un patron pequeño, con otro grande cuando se reparten en París: su precio el mismo que el de la extraordinaria de señoras, esto es, 34 rs. en Madrid y 44 en provincias por trimestres adelantados.

MADRID:—1845.

IMPRESA DE D. JOSÉ DE REBOLLEDO Y COMPAÑIA,
Calle del Fomento, número 15.





247.
248.
249.
250.
251.
252.
253.
254.
255.
256.
257.
258.
259.
260.
261.
262.
263.
264.
265.
266.
267.
268.
269.
270.
271.
272.
273.
274.
275.
276.
277.
278.
279.
280.
281.
282.
283.
284.
285.
286.
287.
288.
289.
290.
291.
292.
293.
294.
295.
296.
297.
298.
299.
300.
301.
302.
303.
304.
305.
306.
307.
308.
309.
310.
311.
312.
313.
314.
315.
316.
317.
318.
319.
320.
321.
322.
323.
324.
325.
326.
327.
328.
329.
330.
331.
332.
333.
334.
335.
336.
337.
338.
339.
340.
341.
342.
343.
344.
345.
346.
347.
348.
349.
350.
351.
352.
353.
354.
355.
356.
357.
358.
359.
360.
361.
362.
363.
364.
365.
366.
367.
368.
369.
370.
371.
372.
373.
374.
375.
376.
377.
378.
379.
380.
381.
382.
383.
384.
385.
386.
387.
388.
389.
390.
391.
392.
393.
394.
395.
396.
397.
398.
399.
400.
401.
402.
403.
404.
405.
406.
407.
408.
409.
410.
411.
412.
413.
414.
415.
416.
417.
418.
419.
420.
421.
422.
423.
424.
425.
426.
427.
428.
429.
430.
431.
432.
433.
434.
435.
436.
437.
438.
439.
440.
441.
442.
443.
444.
445.
446.
447.
448.
449.
450.
451.
452.
453.
454.
455.
456.
457.
458.
459.
460.
461.
462.
463.
464.
465.
466.
467.
468.
469.
470.
471.
472.
473.
474.
475.
476.
477.
478.
479.
480.
481.
482.
483.
484.
485.
486.
487.
488.
489.
490.
491.
492.
493.
494.
495.
496.
497.
498.
499.
500.
501.
502.
503.
504.
505.
506.
507.
508.
509.
510.
511.
512.
513.
514.
515.
516.
517.
518.
519.
520.
521.
522.
523.
524.
525.
526.
527.
528.
529.
530.
531.
532.
533.
534.
535.
536.
537.
538.
539.
540.
541.
542.
543.
544.
545.
546.
547.
548.
549.
550.
551.
552.
553.
554.
555.
556.
557.
558.
559.
560.
561.
562.
563.
564.
565.
566.
567.
568.
569.
570.
571.
572.
573.
574.
575.
576.
577.
578.
579.
580.
581.
582.
583.
584.
585.
586.
587.
588.
589.
590.
591.
592.
593.
594.
595.
596.
597.
598.
599.
600.
601.
602.
603.
604.
605.
606.
607.
608.
609.
610.
611.
612.
613.
614.
615.
616.
617.
618.
619.
620.
621.
622.
623.
624.
625.
626.
627.
628.
629.
630.
631.
632.
633.
634.
635.
636.
637.
638.
639.
640.
641.
642.
643.
644.
645.
646.
647.
648.
649.
650.
651.
652.
653.
654.
655.
656.
657.
658.
659.
660.
661.
662.
663.
664.
665.
666.
667.
668.
669.
670.
671.
672.
673.
674.
675.
676.
677.
678.
679.
680.
681.
682.
683.
684.
685.
686.
687.
688.
689.
690.
691.
692.
693.
694.
695.
696.
697.
698.
699.
700.
701.
702.
703.
704.
705.
706.
707.
708.
709.
710.
711.
712.
713.
714.
715.
716.
717.
718.
719.
720.
721.
722.
723.
724.
725.
726.
727.
728.
729.
730.
731.
732.
733.
734.
735.
736.
737.
738.
739.
740.
741.
742.
743.
744.
745.
746.
747.
748.
749.
750.
751.
752.
753.
754.
755.
756.
757.
758.
759.
760.
761.
762.
763.
764.
765.
766.
767.
768.
769.
770.
771.
772.
773.
774.
775.
776.
777.
778.
779.
780.
781.
782.
783.
784.
785.
786.
787.
788.
789.
790.
791.
792.
793.
794.
795.
796.
797.
798.
799.
800.
801.
802.
803.
804.
805.
806.
807.
808.
809.
810.
811.
812.
813.
814.
815.
816.
817.
818.
819.
820.
821.
822.
823.
824.
825.
826.
827.
828.
829.
830.
831.
832.
833.
834.
835.
836.
837.
838.
839.
840.
841.
842.
843.
844.
845.
846.
847.
848.
849.
850.
851.
852.
853.
854.
855.
856.
857.
858.
859.
860.
861.
862.
863.
864.
865.
866.
867.
868.
869.
870.
871.
872.
873.
874.
875.
876.
877.
878.
879.
880.
881.
882.
883.
884.
885.
886.
887.
888.
889.
890.
891.
892.
893.
894.
895.
896.
897.
898.
899.
900.
901.
902.
903.
904.
905.
906.
907.
908.
909.
910.
911.
912.
913.
914.
915.
916.
917.
918.
919.
920.
921.
922.
923.
924.
925.
926.
927.
928.
929.
930.
931.
932.
933.
934.
935.
936.
937.
938.
939.
940.
941.
942.
943.
944.
945.
946.
947.
948.
949.
950.
951.
952.
953.
954.
955.
956.
957.
958.
959.
960.
961.
962.
963.
964.
965.
966.
967.
968.
969.
970.
971.
972.
973.
974.
975.
976.
977.
978.
979.
980.
981.
982.
983.
984.
985.
986.
987.
988.
989.
990.
991.
992.
993.
994.
995.
996.
997.
998.
999.
1000.

Modes de Paris.
Petit Courrier des Dames.

Boulevard des Capucines, 1.

Chapeau Toga à mécanique. 6. r. des Capucines. Robe garnie en dentelle des M^l Violard. r.
Choiseul. et en fourrure des M^l de Gen. r. Vivienne 18. Boutons Torri-Delisle. Plumes Chagot.
Vase Lakoche. Boire Parfums Gubert. r. de Madrid

Mess. S. & J. Fuller, 34, Rathbone Pl. L.